

"El misterioso cochero, el final inesperado de un detective o el impostor, decídalo usted"

Juan Cristóbal Ferrero Huelmo



Capítulo 1

El misterioso cochero, el final inesperado de un detective o el impostor, decídalo usted

Sherlock se lo dijo a Watson, estaba claro. Había un escritor que experimentaba con ellos para escribir sus obras. Tenían que apurarse porque la última pista que tenían les indicaba que el tipo se escaparía. Se dirigieron al Teatro Nacional donde iba su pieza preferida. El crimen se cometería durante el *Nessun Dorma* y el protagonista caería fulminado por un dardo envenenado.

“¿Cómo podremos encontrar al asesino, Sherlock? —preguntó Watson sin obtener respuesta—. ¿Acaso sabe algo que nos revele su identidad? ¿Se ha puesto a calcular el número de espectadores que asistirá hoy al estreno? ¡Será imposible encontrarlo!”. No desespere, querido Watson, hay formas de saberlo. Una cerbatana no se esconde tan fácilmente. ¿Dónde se la pondría usted? ¿Debajo de los pantalones? ¿la desarmaría y la armaría durante el entreacto en el baño? Watson no supo que decir. “Queda una hora para el comienzo de *Turandot*, ha llegado el cochero, es hora de irnos, Holmes”. Bajaron sin decirle nada a la señora Hudson. Ella los miró sin interés y se retiró a sus labores.

¿Ha notado algo extraño en el cochero, Watson? Sí, Holmes, tiene más tipo de oftalmólogo que de cochero y esa pipa que fuma lo hace muy semejante a usted. Es verdad, estimado amigo, esa es precisamente la pista que nos ha enviado el psicópata. Pero, ¿cómo lo detendremos? —replicó Watson limpiándose el sudor con su pañuelo—. Sherlock no contestó e hizo que su acompañante enrojeciera de cólera. La mirada persistente obligó al detective a escribir en un papel lo que sabía. Watson palideció y dijo muy bajo: “El problema final”. Holmes se recostó sobre el asiento y le pidió silencio a su compañero, que tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaban las manos.

Salieron del coche y se dirigieron a la entrada del teatro. Watson tenía conciencia de la ubicación del cochero. El rostro rechoncho, el bigote cuidado y la ropa tan limpia eran pruebas inequívocas de que el criminal se había confiado demasiado. Tenían que vigilarlo y descubrir su plan. Lo esperaron ocultos detrás de una columna. Lo vieron pasar con una capa negra y su sombrero. Lo siguieron, pero en un pequeño descuido el tipo se esfumó. Los dos estaban muy tensos. “¿Qué hacemos ahora, Holmes?”. La respuesta se fue mezclada entre los gritos de la gente que entusiasmada iba a la sala. Se cruzaron sus miradas. Holmes sabía ya cuál era el final. Era su hora y nadie podría evitarlo. Le puso la mano a su amigo en el hombro y le pidió que pasara lo que pasara, nunca permitiera que la gente supiera de su paradero. “Es inevitable, Watson, esto va más allá de nuestra capacidad. No está en nuestras manos evitarlo. Solo quiero que

cuenta todas nuestras historias para la posteridad”.

Watson se fue a su butaca y comenzó a buscar entre los espectadores al sospechoso. Holmes le preguntó si lo había encontrado, pero su amigo solo movió la cabeza. Vamos al baño Watson, después tendremos tiempo de ver al tenor y prevenirlo si es que el demente decide asesinarlo a él en mí lugar. Llegaron al servicio, Watson con retraso y, cuando lo vio Holmes, tenía en sus manos un tubo ebúrneo. “Lo sabía—dijo Holmes—. Entonces es usted, querido amigo. Puedo saber el porqué de su decisión”. No, no, Holmes, no lo entiende. Me ha querido como a un fiel compañero, pero no existo más que en su imaginación, o mejor dicho, al revés, es usted quien existe en mi mente, es usted irreal. No es posible que no se diera cuenta todos estos años. Ha llegado el final y debe aceptarlo. Holmes permanecía inmóvil. Su mente era un torbellino de deducciones que se iban acumulando para mostrarle una respuesta desagradable. Era cierto. Lo había presentido miles de veces, pero su fría mente le había cegado los ojos. “Hágalo ya amigo, estoy listo”. Watson sacó una bolsita de tela, le mostró un dardo con la punta color violeta, lo introdujo en la cerbatana, hincho los pulmones y sopló. El proyectil se le clavó en el lado izquierdo del pecho y se mareó. Echó espuma por la boca y cayó con todo su peso. Entraron dos cargadores, lo envolvieron en una manta y se lo llevaron al coche. El cochero hizo una señal y cuando el cuerpo inerte estuvo dentro se marchó. Watson sacó su pipa y miró hacia el cielo. Bueno, está hecho. Mi pesadilla se ha terminado. No volveré a escribir jamás.